

PABLO.—«¿Me quieres decir si esta forma de concebir el espectáculo te parece realizable? En caso afirmativo proponme un libreto»...

ELLA.—¿Otro?

PABLO.—...«en el plazo más breve posible. Un libreto, o sea, un reajuste del texto, precisando las partes cantadas o habladas.»

ELLA (*leyendo por encima de su hombre*).—«Mis mejores saludos para ti y los tuyos.» Firma y rúbrica...

BAILARINA.—Ilegibles.

*(Comentario ruidoso de la orquesta y oscuro.)*

*(Se hace el silencio. O comienza la ópera que adopta por libreto, de manera parcial o íntegra, el texto que acaba de leerse o interpretarse.)*

FIN

## TESTIGO IMPARCIAL RICARDO DOMENECH

Los tanques y los camiones, ¿no tienen marcha atrás? Y los nadadores, ¿no nadan de espaldas? Teniendo esto en cuenta, se comprende lo que algunos opinan: que técnicamente lo ocurrido, aunque inverosímil, es posible. Pero otros, también con razón, dicen: ¿y las motos? De las motos, ¿qué? Yo, la verdad, no me meto en tantas filosofías. Ha ocurrido, ¿no? Y todos hemos sido testigos, ¿no? ¡Pues entonces, leñe! Ahora, tocante al motivo, ése ya es otro cantar y yo me callo. Pero que ocurrió lo que ocurrió... Vamos, eso lo ha visto menda con estos ojos y no hay canalla que me lo niegue ahora mismo.

La impresión que yo tenía era como en el tren, cuando llegas a una estación en que el tren se bifurca, y van y ponen una locomotora en la cola, y tú, que no te has movido de tu asiento y estás acostumbrado a que el campo y las casas y todo se vayan como huyendo en una dirección, ves que de golpe, en cuanto el tren se vuelve a poner en marcha, se van en la dirección opuesta y tú vas y dices: carajo, qué es esto. El teniente Valbuena lo explicaba de otra manera. A él le dio la impresión de estar viendo bajar unas escaleras mecánicas en unos grandes almacenes o en el *metro*, y como sí, de pronto, alguien hubiera manipulado en el mecanismo y la escalera se pusiera a subir, pero con todas las gentes en la postura anterior y como si creyeran estar bajando. Fue algo parecido a todo esto; fue lo mismo, igualito. Yo miraba el desfile y de pronto qué cosa tan rara, no puede ser. Y era eso, sí. En aquel instante —no lo olvidaré nunca— pasaba delante de mí una compañía de fusileros a las órdenes del capitán Bravo, en perfecta formación, y el sol brillaba con intensidad en cascos y bayonetas... La tropa desfilaba muy marcial y muy disciplinada y muy requetebién... Pero lo hacía caminando de espaldas, hacia atrás.

En la tribuna presidencial, el general Fortea ponía una cara que tampoco se me ha de borrar de la memoria. Debió de pensar



que veía visiones, lo que pensamos todos, y se pellizcaba una mejilla y decía: caballeros, ¿ustedes ven lo mismo que estoy viendo yo? Y vaya que lo veíamos, como que no estamos ciegos, hay que joderse. El abría y cerraba los ojos, y estuvo mucho rato sin decir esta boca es mía... Claro que, cuando lo hizo, fue ya en plan de machada. Va y echa mano al sable, y se pone, y dice: ¡quieto tó el mundo! Con el estruendo del desfile, nadie le oía. Pero menda se fue hasta la tarima de los músicos, y con señas y gritando por favor, caballeros, basta ya, ¿no ven lo que pasa? El general suspende el desfile, que se callaran y se callaron, no sin antes preguntar que por qué sí y por qué no. ¡La manía de preguntar! Y es que ellos no se habían dado cuenta de nada, enfrascados como estaban con la música. Más difícil fue conseguir que los soldados dejaran de desfilar, así, de sopetón. El corneta tocó alarma, y eso mismo desconcertó a la tropa. Cuando se les gritó: ¡Alto, aar!, los soldados miraban con extrañeza. Luego supimos que tampoco ellos, mientras desfilaban, advirtieron ninguna anomalía. Por lo brusco de la interrupción, la formación se deshizo completamente y se armó el gran guirigay. Recomponer cada pelotón, cada sección y cada compañía parecía imposible. Se veía a los soldados buscando a su sargento o a su teniente; a los cabos, sargentos y tenientes, buscando a su capitán... Y a los capitanes, buscando a aquéllos; y a los otros, buscando a los otros. Y no se encontraban, todos venga a dar vueltas sin encontrarse, torpones al andar, como si acabaran de despertarse o como si estuvieran sonámbulos, tropezando, sin saber qué pasaba, en medio de un barullo enorme. Entonces, y a través de los altavoces, se dio orden de que todo el mundo regresara al cuartel, y una vez allí se reintegrara a su unidad. Aunque no con la rapidez que habría sido deseable —impaciente, rojo de ira, el general daba golpecitos con el sable en el barandal de la tribuna—, la medida surtió efecto, y pasado un rato la amplia avenida estaba despejada. El general ordenó que se quedaría allí un retén, y se marchó al cuartel acompañado de un grupo de jefes y oficiales, entre los que me encontraba yo.

Servidor es teniente cuchara, y no tiene tanta instrucción como Menéndez, Bravo, Castro, Valbuena y los demás que proceden de la Academia. Pero menda sabe lo que es un desfile, y el del día de autos fue como he dicho y por extraño que parezca: todos desfilando de espaldas, hacia atrás. Una cosa así no se ha visto nunca y tardará mucho en volver a verse, dijo, y con mucha razón, el general cuando íbamos de regreso al cuartel. Y después le entró la perra, dale que te pego, con que si la UMD debía de andar por en medio y no sé cuántas cosas más. Yo intenté quitarle hierro al asunto, y le dije,



digo: mi general, ¿ha pensado usted en los nativos? No olvidemos que entre esta gente hay brujos y hechiceros. El se echó a reír y me contestó con desprecio que los árabes, en muchas cosas, son más civilizados que nosotros. Pudiera, yo no digo que no. Pero lo que yo pretendía era que se le aclarase un poco aquella cara avinagrada que se le había puesto, porque me olía la que se avecinaba. Fue inútil. Nada más llegar a su despacho, dio parte a Madrid, sin percatarse de que, en el mejor de los casos, en el Ministerio lo iban a tomar a chacota, y nombró una comisión de jefes y oficiales para que investigara a fondo lo sucedido. En el cuartel, fuimos todos de coronilla durante las dos semanas que duró la investigación.

¿Las causas? Nadie sabía. Los pelotones y secciones que iban a la cabeza del desfile dijeron, y verdaderamente tenía que ser así, que de allí no pudo partir la iniciativa, pues, de haberla tomado ellos, habrían tropezado con las unidades que venían detrás y desfilando de frente. Los que iban a la cola dijeron que, de haber sido suya la iniciativa, los que iban delante no les habrían podido seguir, pues, dado que iban delante, cómo les iban a ver, y no viéndoles, cómo coños les podían imitar... Verdaderamente, también tenía que ser así. En cuanto a las unidades que iban en medio del desfile, todos contestaban que ellos se habían limitado a hacer lo mismo que los que iban delante (aunque no se entendía bien si querían decir los de delante o los de detrás). A cada pelotón, y dentro de cada pelotón a cada escuadra, y dentro de cada escuadra a cada soldado, se le hizo un interrogatorio de aquí te espero, Baldomero. Tenía gracia uno de la motorizada, que le preguntaban en coña pero tú cuándo metiste la marcha atrás, como si las motos tuvieran marcha atrás, hay que joderse. Aparte estas cosas, no faltaron rumores, sospechas y denuncias... que hicieron jodidos aquellos días en el cuartel. No había permisos para nadie, y a más de uno le arrestaron o le metieron un paquete por nada, por cualquier tontería que a lo mejor había hecho hacía mucho tiempo. Por fin, las indagaciones se fueron centrando en el director de la banda, el capitán músico Clavijo, de quien se rumoreaba que pertenecía a la UMD, y a quien el general tenía metido entre ceja y ceja.

Sospechaba el general que a lo mejor aquellas marchas que había tocado la banda durante el desfile no eran marchas marciales, sino infernales, y producían efectos psicológicos raros, que obligaban a desfilarse de espaldas y le minaban la moral al soldado. Según me contaron los de la comisión, el capitán Clavijo replicó que qué leñe, que aquellas eran las marchas que se tocan en todos los cuarteles y en todos los desfiles. Pero el general seguía en la suya, erre

que erre, y se hizo grabar el repertorio entero en cinta magnetofónica, y en su despacho hacía la prueba de que, uno por uno, algunos soldados se pusieran a desfilar al compás de las tales marchas y allí delante de él, hay que joderse. Yo no llegué a hablar después con ninguno de los soldados sometidos a la prueba. Ni siquiera lo intenté, porque sabía que tenían órdenes severas de no decir ni pio. Así que, claro, nunca se supo si la prueba había dado resultado o no. Pero el capitán Clavijo fue sumariado, por su pertenencia a la UMD, y enviado a prisiones militares. ¿Tuvo algo que ver en el asunto? Ca, yo no lo creo. Desde luego, era un tío muy estirao y muy finolis, pero los que más le trataban hablaban bien de él, y no se le veía jeta para hacer una machada de esa índole.

No, nadie sabía las causas. Valbuena estaba en que había sido una cosa maravillosa, de esas que pasaban en otros tiempos. Y Menéndez juraba y perjuraba que quien había dado en el quid, sin saberlo, había sido Castro. Fue aquel mismo día, cuando oímos al almuédano llamando a la oración, y Castro, muy pianito para que no cogieran onda los chivatos del general, y mirando hacia la medina toda blanca sobre la que reververaba el último sol de la tarde, dijo, dice: tarde o temprano, tendremos que irnos de aquí. Pudiera; yo no digo que no.

## NACIO CON UN CUENTO EN LA MANGA FEDERICO MARTIN

Soy niña,  
muñeca,  
pañal  
y moco.  
Soy capricho,  
lágrimas,  
soy España  
y mi nombre  
su pluma.

*Marí Carmen Ramos (13 años)  
Colectivo Trabenco*

*El día 2 de abril nace en un pueblecito danés Hans Cristian Andersen. En recuerdo de su gran aportación a la literatura infantil se celebra en todo el mundo «El Día Universal del Libro Infantil-Juvenil». Es día de manifiestos y alternativas.*

*«La Pluma» ofrece el homenaje que una escuela de España dedica a H. C. Andersen.*

Hoy la motivación fue una palabra: «Andersen». Los motivos ya los sabemos, son las «grandes circunstancias» (con las que la poesía y otras literaturas infantiles están reñidas o deberían estarlo); son: el 2 de abril, el día del libro infantil-juvenil...; pero con esto que la sequía fue larga y el viento sólo puede airear un rato (un día), nosotros rompimos con lo diario (con nuestra poesía de todos los ratos); y por un instante inflamamos